

# El sujeto hipertextual: la desterritorialización en la comunicación mediada por ordenador

SALETA DE SALVADOR AGRA

Universidade de Santiago de Compostela (Spain)

## Abstract

A pesar de la actual omnipresencia de la palabra virtual no resulta fácil determinar su significado sin recurrir a la capacidad de «desterritorialización». El estar fuera de la tierra, fuera de una estructura firme y estática, que nos posibilita escapar de las coordenadas físicas del presente introduciéndonos en un pavimento inestable, es entendido como una de las características más definitorias de la comunicación mediada por ordenador. Sin embargo ¿es realmente esta virtualidad exclusiva del llamado mundo virtual o ciber mundo? Podríamos anticipar que la informatización consigue, cuando menos, incrementar la virtualidad emprendida por el signo escrito. El hipertexto, a diferencia del texto impreso, renunció a la estructura lineal, secuencial y fija de la información, para habitar en lo multisequencial, en lo multidireccional. El texto en la pantalla de un ordenador es un pasaje en movimiento, un texto que se cruza —mediante los hipervínculos o enlaces virtuales— con textos potenciales que conducen a los usuarios de texto a texto o a imágenes, a vídeos o a sonidos (los denominados hipermedia). Sin centro, sin tierra firme, los nexos hipertextuales —con múltiples trayectorias donde principio y fin se confunden— multiplican los sentidos. La palabra como una ‘pluralidad de voces’, en línea con el pensamiento postmoderno, traerá consigo un nuevo locus que nos llevará a repensar y, en algunos casos, a deconstruir conceptos hegemónicos como: la categoría de ser humano, la de comunidad, la de lenguaje o la de identidad. Viejos y nuevos problemas que a la luz de la irrupción de estas formas de comunicación y, consecuentemente, de interrelación, constituyen el objetivo de reflexión que aquí nos proponemos.

A pesar de la actual omnipresencia de la palabra virtual no resulta fácil determinar su significado sin recurrir a la capacidad de «desterritorialización». El estar fuera de la tierra o, como lo expresaría el filósofo Javier Echeverría, el estar asentado en el aire (en la ciudad de *Telépolis*), es entendido como una de las características más definitorias de la comunicación mediada por ordenador (C.M.O); en el sentido de estar fuera de una estructura firme y estática que nos posibilita escapar de las coordenadas físicas del presente introduciéndonos en un pavimento inestable. Sin embargo ¿es realmente esta virtualidad exclusiva del llamado mundo virtual o cibernundo? Podríamos anticipar ya que la informatización consigue, cuando menos, incrementar la virtualidad emprendida por el signo escrito.

Sabido es que el signo es algo que nos permite conocer/reconocer algo que no se percibe. Lo sensible, lo perceptivo, es el llamado significante y el significado aquello que no se percibe por los sentidos. Si seguimos el sentido común diremos que lo real es lo empíricamente observable, en el caso del signo lingüístico, los fonemas escritos de una palabra. Pero, la grafía, los trazos visibles de la escritura tienen como característica principal remitirnos a una realidad que ni está aquí ni ahora. La potencia de evocar lo que no está presente lleva implícita la posibilidad de reproducir aquello que tiene una correspondencia con algo físico-material («José Luís Rodríguez Zapatero») o simular lo que no la tiene («un unicornio azul»).

El texto escrito, que separa el mensaje del cuerpo vivo de la persona que lo escribe, o la imagen televisiva del discurso de investidura del presidente del gobierno, son dos ejemplos, entre muchos otros, que nos transportan a lo virtual. Sin la escritura, anotaba Emilio Lledó, «esa posibilidad de comunicación, que rompe la atadura corporal a la impresión de cada instante, y que limita la experiencia al concreto e inmediato círculo del cuerpo, la existencia no habría podido alcanzar el nivel de lo humano» (Lledó 1991: 20). Capaz de resistirse al tiempo y al olvido, el signo escrito ya nos permitió mudar el horizonte, modificando el espacio y el tiempo. Le permitió al «animal que habla» descubrir «aquel otro mundo que no tenía ya que estar necesariamente presente a sus sentidos» (Lledó 1991: 22).

El paso de la oralidad a la escritura, objeto de grandes discusiones antropológicas sobre las civilizaciones «primitivas» y del «buen salvaje», supuso uno de los grandes acontecimientos en el devenir histórico de la comunicación humana. Pero mucho cambiaron las cosas desde aquellos primigenios dibujos de las cavernas. Ya transitamos, siguiendo aquel recorrido propuesto por Herbert Marshall McLuhan (1985), por una época moderna que vio nacer un medio capaz de duplicar textos e imágenes con el método de la imprenta. De esa «Galaxia Gutemberg», en honor a su inventor, pasamos a ser miembros de una «Aldea Global» gracias a los primeros medios de comunicación de masas.

Actualmente, nuestras capacidades de comunicación son extraordinariamente más complejas por las nuevas tecnologías informáticas, porque entramos, según piensa el sociólogo Manuel Castells, a formar parte de la «Galaxia Internet» (2001). Dejamos de ser ese humano tipográfico, lógico, disciplinado y vacío de expresiones imaginativas, así como nos alejamos de aquel otro que volvía a un estadio anterior, pre-lógico, para pasar a ser hijos de la comunicación visual, simultánea, interactiva y virtual.

Hoy en día, dada la pluralidad semántica de lo virtual, deberíamos matizar la acepción aportada a este concepto desde las nuevas tecnologías informáticas. Por todo ello, y para señalar el cariz originado por los cambios científicos y tecnológicos, cabría destacar ya que el

hipertexto —el tema central que aquí nos ocupa— es *infovirtual*, pues es generado en entornos tecnoinformáticos<sup>[1]</sup>.

El hipertexto eleva la potencia virtualizante del texto: «como virtualización de lo que es ya virtual, el hipertexto es verdaderamente un hiper-texto, un reflejo de la naturaleza virtual de la textualidad que hace referencia a sí mismo» (Ryan 2004: 104). Pero el hipertexto no es sólo un texto en el que el grado de virtualidad aumenta exponencialmente sino que tiene una especificidad textual propia: posee nodos (unidades significativas) y vínculos o enlaces (conjuntos de conexiones, también denominadas *links*). Los vínculos son los que, en realidad, le confieren movilidad al texto posibilitándole renunciar a la estructura lineal, secuencial y fija de la información, para habitar en lo multiseccional, en lo multidireccional. De modo que, como señala Jay Bolter:

*cada recorrido define un orden de lectura igualmente convincente y legítimo y este simple hecho modifica radicalmente la relación del lector con el texto que, entendido como red, no tiene un sentido unívoco: es una multiplicidad privada de un principio dominante* (Bolter 1993: 34).

Siguiendo una lógica que tiende al infinito ilimitado<sup>[2]</sup>, que consigue difuminar los propios límites del texto, los vínculos nos sitúan en una red de múltiples posibilidades y códigos donde el significado, suspendido en el aire, se construye dependiendo del camino que se tome; como el caminante de Machado el sentido se hace al andar. Es la idea del «discurso discurrido», en terminología de Gunnar Liestøl, del discurso que se va haciendo. Este mismo autor apunta que:

*Con el hipertexto, se descubre de nuevo la construcción del significado sobre la marcha y no sólo en la posición del autor, sino también en la del lector: el lector se convierte en autor secundario dentro de los límites establecidos por el autor primario* (Liestøl 1997: 122)

Este trazo original, resultado del paso del soporte en papel al soporte electrónico digital, radica en una apertura continua del sentido (el significado como algo no predeterminado y configurable) así como en una trasmutación de los roles tradicionales adscritos a los lectores (autores secundarios) y a los escritores (autores primarios). Los lectores de hipertexto pueden ser autores y viceversa, rompiendo de manera radical con los parámetros seguidos por otros

[1] Excluimos de este estudio aquella línea de investigación que incluiría como formas pre-hipertextuales obras literarias impresas, donde destacarían novelas con una estructura fragmentaria que ya rompen, parcialmente, con la secuencialidad típica del formato impreso, como por ejemplo *Rayuela* de Julio Cortázar o *El jardín de senderos que se bifurcan* de Jorge Luis Borges, entre muchas otras. Los aspectos particulares sobre los orígenes no digitales de los hipertextos serían objeto de un amplio tema que desbordaría los objetivos del presente trabajo. Aquí, acotamos el concepto de hipertexto a su versión en el mundo web, sin entrar tampoco en las diferencias de formatos [para las distintas formas de enlaces que dan lugar a diferentes tipos de hipertextos véase Landow, George (2009) *Hipertexto 3.0. Teoría crítica y nuevos medios en la era de la globalización*, Barcelona, Paidós].

[2] La idea del hipertexto como texto en movimiento apunta hacia una hipotética conexión que se podría establecer con la semiosis infinita o ilimitada de la filosofía de Charles Sanders Peirce, como un proceso sin fin de representación e interpretación, lo cual, por mi parte, está siendo objeto de una investigación, todavía en curso.

medios informativos, revolucionando el modo tradicional de escribir y de leer. A pesar de que existe la posibilidad de experimentar una lectura lineal, como la de un texto impreso, y de que también existe la posibilidad de reducir la no linealidad, pues «en el momento que uno se sumerge en la no linealidad, sólo con hacer clic sobre un icono de la representación gráfica, reduce la no linealidad a la linealidad» (Liestøl 1997: 130), la lectura de hipertexto presenta algo totalmente novedoso, desde el punto de vista del receptor, esto es: la posibilidad de que añada una nota, un enlace, de pegar, copiar, de aumentar la letra o de seguir la ruta que él mismo desea. Es decir, cabe la posibilidad de modificar el texto a gusto del consumidor/lector, difuminando y borrando, de esta manera, la línea divisoria entre las tareas de lector y escritor. Este novedoso fenómeno, que reconfigura la noción de autoría y de la propiedad intelectual (actualmente objeto de grandes polémicas), ha dado lugar al neologismo: «escritolector» o también denominado «lector» (del inglés *reader*, una fusión entre *reader* —lector— y *writer* —escritor—) o «lectautor» (también traducción del vocablo inglés *wreader*, compuesto asimismo por *reader* y *writer*). El «escritolector», a diferencia del habitual lector o escritor, toma decisiones y pasa a convertirse en un participante activo del intercambio informativo, en un verdadero explorador, en un navegante, en un buscador de sentido porque «todos los elementos del hipertexto que pueden ser manipulados son elementos potenciales de significación» (Landow 2009: 246). La oportunidad de manipulación junto con la carencia de información organizada piramidalmente —sin un recorrido preestablecido de antemano— confiere al cibernauta<sup>[3]</sup> una actitud protagonista desde el inicio hasta el final del texto (él o ella tiene el control para decidir por dónde empezar y cuando terminar entre las múltiples travesías permitidas). Es, por tanto, el usuario quien, por medio de la interacción, «actualiza uno de los muchos mundos posibles contenidos *in potentia* dentro del sistema de simulación» (Ryan 2004: 91)<sup>[4]</sup>.

El texto en la pantalla de un ordenador es un pasaje en movimiento, un texto en acción que se cruza —mediante los hipervínculos o enlaces virtuales— con textos potenciales que conducen a los usuarios de texto a texto o de texto a imágenes, a vídeos, a sonidos (los denominados hipermedia o hipertextos multimedia). Sin centro, los nexos hipertextuales —con múltiples trayectorias y recorridos donde principio y fin se confunden— multiplican los sentidos. La palabra como una ‘pluralidad de voces’, no unívoca, en línea con el pensamiento postmoderno, traerá consigo un nuevo *locus* que nos llevará a repensar y, en algunos casos, a *deconstruir* conceptos hegemónicos como: la categoría de ser humano, la de comunidad, la de lenguaje o la de identidad. Viejos y nuevos problemas que a la luz de la irrupción de estas formas de comunicación y, consecuentemente, de interrelación, conllevan un cambio epistemológico y semiológico. Tal cambio arrastra consigo varias y variadas transformaciones derivadas

[3] El significado del prefijo *ciber*, tan propio y usual del medio tecnológico-virtual, está en plena consonancia con el nuevo vocablo de «escritolector» puesto que *ciber* proviene etimológicamente del griego *Κυβερνήτης* (Kibernetes) que significaba timonero, el que guiaba el timón y gobernaba el rumbo de la nave. Al igual que aquél que dirigía el rumbo, el «escritolector» estará al mando de su propia travesía virtual.

[4] La apertura hacia universos alternativos es actualmente objeto de un candente debate donde, en líneas generales, destacan dos posturas encontradas: por un lado, quienes subrayan la capacidad democratizadora del hipertexto (al conferir mayor poder al lector, mayor control en el trayecto de lectura, abandonaría de esta manera su habitual rol pasivo-receptivo asumiendo una mayor soberanía) y, por otro lado, quienes ven en la navegación de *link* a *link* una forma dispersa y desordenada de lectura que provoca desorientación.

de la revolución tecnológica. En concreto, en relación al hipertexto, su valor como paradigma «radica en su esencial multivocidad, descentralización y redefinición de los márgenes, límites e identidades» (Landow 2009: 433).

Internet, aparece como un horizonte sin lugar fijo en ninguna parte, *ou-topos*, en el «Tercer Entorno»<sup>[5]</sup> que «no es localizable» porque «no se caracteriza por estar» ya que «su esencia es fluir, circular» (Echeverría 1994: 170). Efecto y producto del salir-de-ahí, de la desterritorialización, que desubica al texto impreso, las recientes tecnologías de la comunicación consiguen también desubicar al sujeto. Sin firmamento estable, la situación espacial de las cosas, del cuerpo, cambia. Con el declive de identidades enraizadas y de comunidades físicas cimentadas en un espacio concreto, es previsible que salga a la luz una época de sujetos que podríamos adjetivar, atreviéndonos a cuñar un nuevo término, como *sujetos hipertextuales*.

Situado a caballo entre el sujeto oral (contextual, presencial, cambiante, corporal, efímero, natural) y el sujeto escrito (descontextual, reflexivo, fijo, normalizado, duradero, artificial), el sujeto que aquí llamamos hipertextual es, en realidad, a nuestro modo de ver, un híbrido. Un sujeto que bien podría gestarse en lo que Walter Ong denominó como la «oralidad secundaria». Esto es, un sujeto que estaría en consonancia con esta tesis de Ong en la medida en que él entendió que

*...la transformación electrónica de la expresión verbal ha profundizado el sentimiento, iniciado por la escritura e intensificado por lo impreso, de la palabra al espacio, y ha conducido la conciencia hasta una nueva era de oralidad secundaria (Ong 1993: 133).*

Desde aquella antigua cultura oral preliteraria mucho han ido cambiando las cosas. Otras tecnologías, con anterioridad a la escritura electrónica, habían modificado la presencialidad propia del habla, la bipolaridad entre lo oral y lo escrito; por ejemplo, con la aparición del teléfono el espacio entre emisor y receptor ya no tenía porque coincidir. El teléfono también contribuyó a la «mutación de la identidad», al desplazamiento, a separar el cuerpo sonoro (la voz) del cuerpo físico: «mi cuerpo está aquí, mi cuerpo sonoro, desdoblado, está aquí y allá» (Levy 1999: 28). Un desdoblamiento y dislocación que actualmente se ve agudizado por la presencia continua de los teléfonos móviles y, por supuesto, por Internet, pero al que igualmente contribuye la industria farmacéutica, las drogas o el transporte, tal y como propone el filósofo Pierre Levy (1999) en su estudio sobre la virtualidad.

Posteriormente al invento de Meucci, patentado por Graham Bell, la grabadora de voz revolucionó el tiempo, posibilitando al habla el carácter de la diacronía. Pero, sin lugar a dudas, es el lenguaje empleado en la web el que en mayor medida diluye las fronteras entre las particu-

[5] Término acuñado por Javier Echeverría con el que destaca, precisamente, el resultado de la revolución tecnológica que nos llevó desde el mundo natural, que él denominó 'Primer Entorno', al 'Segundo Entorno', la ciudad, para acabar instalándonos en el 'Tercer Entorno', sustentando en ese estar fuera de una estructura estática que nos «desterritorializa». Aunque como apunta el filósofo esta tripartición dista de ser una demarcación estricta y progresiva, la idea del Tercer Entorno como no localizable se conecta incluso con la tesis defendida por uno de los inventores de la www quien apuntó que «la web no era una 'cosa' física que existiese en determinado 'lugar'. Era un 'espacio' en el que la información podía existir» (Berners-Lee 2000:34)

laridades propias del habla y las particularidades propias de la escritura. Enredado en el espacio de lo virtual, esta nueva formulación identitaria textual se caracteriza por ser un «*continuum* entre lo oral y lo escrito», por expresarse en un «texto escrito oralizado» (Yus 2001: 139) que se nutre de ambos registros aportando una nueva dimensión más dinámica, fluida, ajerárquica, descentrada, no-lineal, indeterminada, inacabada, nómade y excéntrica.

El desplazamiento de un lugar a otro, sea de lo privado a lo público, de lo real a lo virtual o de un texto a otro, es una característica constante en la red de redes. Como la vida ambulante y errante de los grupos nómades, esta desterritorialización que nos mantiene localizados y deslocalizados al mismo tiempo nos define, con la metáfora de la filósofa feminista Rossi Braidotti, como «sujetos nómades». Porque «ser nómade significa una diversidad en movimiento» (Braidotti 1995: 18), porque «un estilo nómade implica la deslocalización de mi lugar de enunciación» (Braidotti 2005: 79)<sup>[6]</sup> o, dicho de otro modo, decir que la «subjetividad es nomádica, quiere decir no unitaria y no lineal» (Braidotti 2005: 20)<sup>[7]</sup>. No somos inmigrantes que sentimos la morriña de un tiempo pasado, ni desterrados invadidos por el sentimiento de pérdida, somos subjetividades descentradas o «excéntricas», como añadiría la italiana Teresa de Laurettis, «un sujeto que ocupa múltiples posiciones, distribuidas sobre varios ejes de diferencia, y atravesado por los discursos y prácticas que pueden ser, y normalmente lo son, recíprocamente contradictorias» (De Laurettis 1999: 46)<sup>[8]</sup>. Un sujeto que no es otro que el sujeto contemporáneo postmoderno que abandona el «*cogito ergo sum*» para asumir la complejidad de la inestabilidad y fragmentación del mundo postmoderno. Un yo donde la situación geográfica e incluso el cuerpo dejan de ser elementos fundamentales para la socialización o para la vivencia comunitaria. En definitiva, una subjetividad nómade y excéntrica que parece haber sido pensada para expresar lo que sucede en los entornos hipertextuales como la famosa Word Wide Web.

La nueva organización social, derivada de la llegada de la conexión electrónica, que afecta a la conformación de la identidad, consigue vincular a los miembros de una comunidad sin que la localización geográfica sea un impedimento, al mismo tiempo que no limita la esfera de lo público a la acción social ni política. De hecho, gracias a la red una persona puede permanecer en el espacio de lo público desde un espacio privado (la habitación de su casa) a la vez que está, por ejemplo, denunciando públicamente en su *blog* los desastres medioambientales, cibercharlando con personas desconocidas sobre la actual situación económica o teletrabajando y haciendo compras a través de páginas web (Echeverría 1995, 2000). Los nuevos espacios interactivos son espacios de socialización, formas de participación social. Los blogs, la comunicación sincrónica y, en general, las páginas web pueden ser leídas como ejemplos de cómo se hace política a través de los artefactos. El llamado ‘pásalo’ del 13 de Marzo de 2004 (víspera de las elecciones a la presidencia del gobierno de España) —cuando a través del móvil y del correo electrónico se enviaron masivamente mensajes para denunciar la situación política española después del atentado de Madrid— puede quedar como una simple anécdota o como un caso de intervención ciudadana en una renovada época para la democracia, donde un simple móvil puede ser un arma de acción política.

[6] Traducción propia.

[7] Traducción propia

[8] Traducción propia.

El impacto político de Internet viene, en parte, determinado por la modificación de binarismos clásicos como público-privado (doméstico) o local-global, ligados al concepto de desterritorialización, así como por la transformación de la idea de comunidad como un espacio físico emplazado en un lugar concreto y determinado. De tal manera que la reconfiguración de la comunidad se muestra también como un híbrido, pues conjuga el «estar» virtual con el real; en los lugares públicos (cibercafés, cibernets, locutorios, en el trabajo, etc...) estamos físicamente compartiendo un lugar físico-corpóreo al mismo tiempo que estamos navegando por las redes virtuales. Así, se solapa y se fusiona la dualidad físico-virtual, situando a Internet como un *topos* donde el espacio y el tiempo abandonan su carácter lineal, porque, como dice Berners-Lee, «Internet y el Web nos han sacado del espacio bidimensional» (Berners-Lee 2000: 186).

La creciente conciencia de formar parte de una sociedad global donde podemos acceder a la información mundial (algo a lo que ya han contribuido otros medios, como la televisión) no está libre de controversias. El debate sobre la democratización o antidemocratización del sistema hipertextual (sobre la horizontalidad del medio y sobre si contribuye a una democratización de la sociedad) está todavía abierto<sup>[9]</sup>. Pero la posibilidad de «actuar a distancia» (Echeverría 1995), desde el espacio doméstico —la tele-presencia— puede llegar a convertir la ciudadanía en ciberciudadanía y añadir nuevas problemáticas políticas que nos lleven a hablar de derechos digitales.

El advenimiento de una nueva *polis*, donde lo público entra en lo privado, no sólo entraña una nueva dimensión de lo social sino que también afecta a la vida íntima, entendida como el terreno de la privacidad del cuerpo. Las líneas divisorias entre lo natural y lo artificial, entre organismo y máquina, se diluyen. Vivimos tiempos de híbridos: llevamos gafas, audífonos, marcapasos, tenemos tornillos en las rodillas para afianzar las articulaciones y un ciento de prótesis cibernéticas que nos convierten en *cyborgs*. Sumado a la cultura de la anorexia y de la bulimia nos encontramos inmersos en una sociedad consumista que repudia el cuerpo y que usa la tecnología como la verdadera «alternativa aparentemente factible de la liberación de la carne» (Yehya 2001: 96). Pero el cyborg «no es únicamente un hombre con accesorios tecnológicos incrustados en la carne y en los huesos: cyborgs podemos ser todos los que fuimos moldeados y conformados por la cultura tecnológica» (Yehya 2001: 44). Por este motivo piensa Remedios Zafra que en la comunicación mediada por ordenador «el hecho de que lo público y lo privado confluyan en una interfaz que actúa como mediador intersubjetivo otorga a la máquina una cualidad no sólo técnica sino particularmente social» (Zafra 2004: 66). O, dicho con las palabras del inventor de la Web, Tim Berners-Lee, quien refiriéndose a su invención dijo: «Yo la diseñé por su efecto social —para que la gente trabajase junta— y no como un juguete técnico» (Berners-Lee 2000: 115).

La clave de este cambio de paradigma estaría en el descentramiento, que reconfigura la idea de comunidad y la de identidad, así como consigue poner en jaque el discurso logocéntrico al «deconstruir la lógica del discurso único, la tiranía del principio de no contradicción

[9] Los problemas de ciberciudadanía y de derechos virtuales están de plena actualidad. Los vacíos legales y la transformación profunda que conlleva este nuevo escenario comunicativo en ámbitos como el ético-político supone, dado el ritmo evolutivo del mismo, una conciencia crítica siempre alerta y constante así como reformular viejos problemas.

y la voluntad del sistema a él adherida» (Vásquez 2004). El giro provocado por el sistema hipertextual cuestiona la lógica dicotómica occidental desplazándonos a una lógica borrosa, o difusa, a un lenguaje de grises donde no sólo hay blanco o negro sino una amplia gama de tonalidades.

Como el sujeto nómada de Rossi Braidotti y el sujeto excéntrico de Teresa de Lauretis, el *sujeto hipertextual*, que aquí se propone, en su lectura nómada y descentrada, discurre por una red excéntrica de estructuras ramificadas, arbóreas, con infinidad de temas que se entrecruzan. En el mundo de los grises, las dualidades hegemónicas (lector-autor, oral-escrito, público-privado, individual-colectivo, natural-artificial, organismo-máquina, etc...) se borran y nacen nuevas categorías epistémicas que reconceptualizan y resemantizan viejos y anclados conceptos. De manera que lo virtual pone en tela de juicio la clásica idea de identidad y, en estrecha relación con esto, problematizará el sólido sistema binario dual. A este propósito subraya George Landow que: «la existencia del hipertexto demuestra muy claramente que lo digital no nos confina necesariamente en un mundo lineal ni en uno de oposiciones binarias» (Landow 2009: 73).

Las nuevas formas de expresión del ser coinciden con la externalización del yo a través del lenguaje hipertextual. El nacimiento de lo que proponemos como una nueva categoría epistémica, la del *sujeto hipertextual*, es un sujeto derivado de la ‘digitalización de la escritura’ que se despliega en un mundo desterritorializado y descentrado. Si finalmente todos y todas acabamos reconociéndonos como sujetos hipertextuales dependerá del uso pero también de su implementación universal (la brecha digital entre hombres y mujeres o la brecha económica que marca la separación entre países del «Norte» y del «Sur» sigue siendo un gran campo de batalla). Los ocupantes de la red, los navegantes desterritorializados aun están en el camino de re-territorializar significativamente el *ágora* virtual. Ya en marcha, el alcance de estas formas de comunicación electrónica, dependerán, en gran medida, del uso que los usuarios hagamos de ella en un futuro. La pérdida, por ejemplo, de la relevancia de fronteras (sean físicas, biológicas, o mismo, ideológicas) o la posibilidad de externalizar un yo distinto en el lenguaje virtual son cuestiones susceptibles de adquirir nuevas connotaciones. Esto es debido fundamentalmente a dos parámetros constituyentes de las tecnologías de la información como son: la caducidad y la innovación. La velocidad de cambio junto con la facilidad de modificar el significado, sitúan a Internet en un horizonte todavía abierto a múltiples posibilidades. Si atendemos al sendero andado, por lo de ahora, éste revela, entre otras cosas, una nueva manera digital de ser y de estar en el mundo. Por lo que podemos concluir que la vida digital está abierta y fluyendo con lo que cabe esperar nuevos estudios y, por caso, este trabajo que intento pensar sobre la actualidad tampoco está exento de una caducidad precoz, a la vista de la rapidez con la que cambian los cimientos de uso y, por lo tanto, del sentido.



## BIBLIOGRAFÍA

- Berners-Lee, Tim (2000): *Tejiendo la red*, Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- Bolter, Jay D. (1993): *Lo spazio dello scrivere. Computer, ipertesti e storia della scrittura*, Milano: Vita e Pensiero.
- Braidotti, Rossi (1995): *Soggetto Nomade. Femminismo e crisi della modernità*, Roma: Donzelli Editore.
- (2005): *Madri, Mostri e Macchine*, Roma: Manifestolibri.
- Castells, Manuel (2001) *La Galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*, Barcelona: Plaza & Janés Editores.
- De Laurettis, Teresa (1999): *Soggetti eccentrici*, Milano: Feltrinelli.
- Echeverría, Javier (1994): *Telepolis*, Barcelona: Ediciones Destino.
- (1995): *Cosmopolitas domésticos*, Barcelona: Anagrama.
- (2000): *Un Mundo Virtual*, Barcelona: Plaza & Janés Editores.
- Landow, George (2009): *Hipertexto 3.0. Teoría crítica y nuevos medios en la era de la globalización*, Barcelona: Paidós.
- Levy, Pierre (1999): *¿Qué es lo virtual?*, Barcelona: Editorial Paidós.
- Liestøl, Gunnar (1997): «Wittgenstein, Genette y la narrativa del lector en hipertexto» en Landow, G. (comp.) *Teoría del Hipertexto*, Barcelona: Paidós.
- Lledó, Emilio (1991): *El silencio de la escritura*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- McLuhan, Marshall (1985): *La Galaxia Gutemberg. Génesis del «Homo typographicus»*, Barcelona: Planeta Agostini
- Ong, Walter J. (1993): *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ryan, Marie-Laure (2004): «El ciberespacio, la virtualidad y el texto» en Sánchez Mesa (comp.) *Literatura y cibercultura*, Madrid: Arco Libros.
- Vásquez Rocca, A. (2004): El hipertexto y la lógica del laberinto: Textualidad, redes y discurso excéntrico, *REVISTA PHILOSOPHICA* nº 27, Instituto de Filosofía Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, pp. 331-350.
- Yehya, Naief (2001): *El cuerpo transformado. Cyborgs y nuestra descendencia tecnológica en la realidad y en la ficción*, Barcelona: Editorial Paidós Amateurs.
- Yus, Francisco (2001): *Ciberpragmática. El uso del lenguaje en internet*, Barcelona: Ariel Lingüística.
- Zafra, Remedios (2004): *Habitar en (punto) net. Estudios sobre mujer, educación e Internet*, Córdoba: Servicio de Publicaciones Universidad de Córdoba.